

UN RELATO COMO UNA LUZ EN LA LARGA NOCHE COLOMBIANA

María Tila Uribe, *Lo que mis ojos vieron. Memorias de un exilio*. Bogotá, Opciones Gráficas Editores, 2023. Prólogo de Pepe Mujica.

Hernán Darío Correa

En este libro sale a flote, entre líneas o explícitamente, lo que ahora podemos apreciar como una larga noche de represión y violencia que se cernió sobre Latinoamérica y el país, en la cual fueron esenciales para llegar a donde estamos, como luchadoras y sobrevivientes de esa historia, las mujeres luchadoras. Con su inflexible y potente protagonismo, le salieron al paso a la oleada de la doctrina de la seguridad nacional, y al mismo tiempo se transformaron profundamente desde el fondo del silencio ancestral y de la dominación patriarcal. Sus acciones de lucha, su solidaridad y su palabra, fueron la luz que mantuvo la esperanza de un amanecer como el que ahora empezamos a vivir, y se sobrepusieron a la adversidad de la cultura de subordinación propia de quienes emularon a los subordinados por la dictadura de Somoza, en Nicaragua, a los cuales caracteriza Tila Uribe:

“Buena parte del pueblo nicaragüense venía de esa dictadura de cuarenta y dos años practicando la fe ciega del carbonero. Vimos sectas a las que empujan la idiotez y el miedo, diciendo con gritos temblorosos en cada esquina que se habían entregado al señor, y amenazando a quien no lo hiciera. En cualquier caso, tenían el argumento de que ‘Dios está de nuestra parte’.” (201).

A lo cual no fueron ajenas algunas mujeres abanderadas de la contención de los cambios, portavoces y cogestoras de las acciones más violentas y oscuras.

En el año 1940, en medio de la más profunda oscuridad derivada del doble eclipse europeo de violencia generado por el Gulagh estalinista y el Holocausto nazi, Víctor Serge escribió una novela cuyo título es una suerte de haiku que lo dice todo: “Si es medianoche en el siglo”. Se trata de una imagen que me vino a la mente cuando leí la historia de vida de Tila Uribe, referida a sus años del exilio forzado por el inicio -ahora lo puedo decir apoyándome en la contundencia del poema de Serge-, de esa larga noche que se inició con el régimen turbayista de la seguridad nacional (1982-1986), verdadero ensayo general del régimen uribista que asoló y oscureció al país durante décadas, hasta el llamado estallido social del año 2019, que empezó a anunciar un amanecer de cambio y transformación, así se lo intente aplazar de la mano de quienes han procurado una cínica prolongación de aquellos desastres humanitarios propios de la “horrible noche” marcada en la piedra del himno nacional, bajo la idea de la acumulación por despojo, junto con la seguridad como alfa y omega de la vida política del país.

Las dimensiones de la tragedia nacional, que ahora están apareciendo plenamente en el espejo de la JEP, nos dejan ante otra imagen sintética, esta vez pletórica de texto narrativo, que podría resumir el sino profundo de la vida del exilio de Tila Uribe: la de la mujer cuya lámpara ilumina el horror y la debacle del bombardeo de Guernika, puesta por Picasso

dentro de su famosa pintura, en una ventana central para recordarnos eternamente que la mirada y la luz de las mujeres es el principio de todo amanecer.

Y hasta aquí las analogías. Pues la discreción, la autenticidad y la hondura de este relato, tejen una historia cuyos hilos nos revelan la telaraña con la que se reinventó entre nosotros de forma cruel y cínica la tragedia europea de la mayor parte del siglo XX, prolongando la Guerra Fría como pretexto para el robo de tierras y el crimen masivo de líderes populares. Y lo hacen, a través de un diseño narrativo en cuyo revés quedan los nudos más oscuros del fascismo, y en su envés el más espléndido testimonio del itinerario de una resistencia y un exilio ligados a la continuidad de la lucha antes que a las lamentaciones, en una narración centrada en la experiencia de vida y en el encuentro con gentes, y especialmente con mujeres, cuyos empeños estuvieron siempre centrados en la transformación del país y del mundo, y no tanto en recrearse como víctimas de los desastres de la guerra y la violencia, aquí apenas aludidas, pues los otros libros de su autora, también llenos del espíritu de lucha y esperanza, son plétóricos en los relatos del horror.¹

En efecto, en este relato son recurrentes las experiencias de Tila como alfabetizadora, en los pasos tempranos de su lucha en la Medellín obrera de los años 70, y en la Nicaragua de la revolución sandinista de los 80: y como defensora de los derechos humanos, cuyas acciones se desplegaron en el exilio en países como Venezuela, Panamá, Guatemala, España, Francia o Suiza, entre otros.

Y no se crea que lo del tejido es apenas una metáfora vacía:

“La memoria colectiva puede existir reivindicando experiencias, porque las historias no se olvidan: se tejen, investigan, se dibujan, se cantan, se escriben. De ahí la esperanza de que ojalá muchas colombianas y colombianos que vivieron el exilio, hayan regresado o no, sean o se vuelvan hacedoras y hacedores de la historia misma...” (227).

Se trata de un relato contenido, discreto, en el mejor sentido de la palabra, con una enorme dignidad y altura humana, en el cual la entereza se alimenta una y otra vez de lucidez y de humor satírico, que se proyectan como una potente lámpara esclarecedora en medio de la nube oscura que se cernió sobre América Latina en los años de aquel exilio, en la forma de golpes militares, formas extremas de represión y de tortura, desapariciones y asesinatos sistemáticos, simulaciones judiciales y mediáticas, bloqueos de países enteros por hambre

¹ Francisco Trujillo y María Tila Uribe, *Desde adentro*. Bogotá, Comité de Solidaridad con los presos políticos, 1985. 324 páginas. (Traducido al francés: *La Colombie derrière les barreaux*. Paris, L'Harmattan, 1990. 202 páginas); María Tila Uribe, *Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década de los años veinte*. Bogotá, varias ediciones –Cerec 1995; Antropos 2007; Opciones Gráficas Editores, 2010 y 2015-; *Huellas del tiempo. Dignidad y autonomía*. Bogotá, Orión Editores, HelpAge, 2014; *Les regalamos el minuto que falta, Masacre de las bananeras*. Bogotá, Punto de Encuentro, 2019. 90 páginas; coautora con personas mayores víctimas, *Ojalá nos alcance la vida*. Bogotá, Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017; y *You can't drown the fire. Latin American women*. Washington, Mujeres en el exilio. Alicia Paternoy, 1989.

y terror, en fin, todo el catálogo que ahora se está formalizando en sus detalles macabros ante la JEP, que hizo parte del “repertorio de acción” y del imaginario imperialista de todo el siglo XX, adoptado por las dictaduras militares del Cono Sur y la extrema derecha de todo el continente, y por los regímenes turbayista de los años 80s y uribista a partir del nuevo siglo, hasta extremos tan macabros como delirantes, que tristemente rebasan la ficción.

El primer extremo, la repetición de la quema de libros que en plena modernidad impusieron los nazis:

“(Cuando años después) quise recuperar las cartillas de alfabetización que habíamos aplicado en Nicaragua, le escribí a la directora de la oficina en Managua, y esta fue su respuesta: ‘Querida compañera María Tila: cuando entró como presidenta de Nicaragua Violeta Barrios de Chamorro, sus áulicos ordenaron hacer una inmensa pira en la Plaza de Ciudad León para quemar todas las cartillas, libros, afiches y documentos de estudio, para silenciar parte de la alfabetización. Todo fue arrasado durante varios días, ahí quemaron la cartilla.’” (226).

Y el segundo, como ejemplo de la estupidez mezclada con el cinismo y la violencia de nuestras élites políticas:

“La gente calificaba a Turbay de desleal, insensato, y fue tal su mala fama que le atribuyeron en broma, ofrecer el nombre de Colombia como sede de la Tercera Guerra Mundial, previendo que el conflicto no sólo era Este-Oeste, sino Norte-Sur” (197); y, refiriéndose a su astuta estupidez, “un joven estudiante que hizo una charla para latinoamericanos en Londres, al retratarlo, dijo: ‘Y si no puede acabar con el país, es por su misma incapacidad’.” (196).

Palabras que se pueden aplicar plenamente a su principal alumno, el innombrable gestor de los embrujos autoritarios.

Durante la larga noche latinoamericana se movilizaron hacia el mundo muchas mujeres luchadoras, como Tila Uribe, y aportaron ante todo su palabra, y sus miradas: “Era la manera de decir las cosas lo que nos acercaba y estremecía” (170). La memoria de Tila nos trae una lista impresionante de mujeres movilizadas: desde Omaira Montoya, la luchadora sindical desaparecida, hasta Danielle Mitterrand, “quien había luchado en la resistencia frente a la ocupación nazi de Francia” (168), la cual en un encuentro dijo, “arrinconando un mandato moral religioso”:

“un fantasma recorre el mundo, hay que pensar, mirar y comprender. Tenemos que desaprender conductas, dogmas, manías y creencias. Las mujeres no queremos ser santas, queremos ser libres... Y no todas quisimos ser madres, algunas dieron a luz otras maneras de serlo” (169);

pasando entre muchas otras por las Madres de Mayo, Rigoberta Menchú y Domitila Barrios de Chungara, de quien dice:

“su aporte fue un saludo desde Suecia, donde estaba, con este mensaje: ‘si la mujer está politizada, si ya tiene formación, si desde la cuna educa a sus hijos con otras ideas, los hijos serán otra cosa’.” -170-).

Lo que no siempre decían, por discreción y delicadeza, es que ellas mismas se fueron convirtiendo en sus propias hijas, y que estaban cambiando profundamente. En un testimonio íntimo entre los escasos, pero sustanciales, que trae el libro, Tila revela su propia transformación en un diálogo con su compañero, cuya relación trascendió a las peores pruebas de exilio, separación, cárcel e incertidumbres propias o de los hijos:

“¿Cuál es la verdadera causa de no querer irte conmigo a México? Casi sin pensarlo le contesté: que yo cambié, no soy la misma de antes. En poco tiempo he aprendido mucho de la vida. He conocido mujeres admirables, autónomas, independientes, muy dignas; me han hecho pensar... y cambiar. Quiero estar contigo porque tú eres mi compañero de vida, pero quiero disponer de mí misma” (175).

Tal vez por eso mismo su lucha y compromiso se caracterizaron por su agudeza y su mirada penetrante, las cuales, incluso cuando tuvieron que ser de soslayo, se acompañaron de una implacable introspección crítica, como lo muestra el siguiente testimonio:

“Ya en el camino de regreso a París miré cada pueblo y cada ciudad intensamente para que se me grabaran las imágenes en la retina. Porque siendo emocionante ver en vivo lo que sólo conocía por libros, en cine o conferencias, hasta ese momento no había tenido la oportunidad de mirar nada, ni detenernos en castillitos puntiagudos, ni en sembrados perfectos, nada, no teníamos tiempo. A Estrasburgo, por ejemplo, soberana belleza de Europa, entré a las nueve de la mañana, almorzamos en el gran salón, y salí a las cinco de la tarde; en Ginebra estuve seis horas y apenas vi unas cabras en el lago Lemán, eso fue todo. // Sin embargo, medito ahora, en mis momentos serenos y también apasionados denunciando o escribiendo algún documento de impacto con otra denuncia que no hago -ni nunca he hecho- con espíritu vengativo: es que no quiero tener que reprocharme en el futuro que dejé verdades sin decir, que no defendí convicciones o que no denuncié los crímenes del gobierno, habiendo conocido sus evidencias. Todo esto me tiene viviendo una interminable travesía de descubrimientos que son mi vida, mi universidad, mis sentimientos” (163).

Desde ese crisol, el libro ofrece lúcidas anticipaciones, como la crítica más profunda del comienzo del extravío sandinista. Al respecto, Tila cita una carta escrita desde Managua por su hija Pilar a sus amigas bogotanas, en la cual rememora:

“María C., con algunas enfermeras y varias médicas y médicos organizaron un gran evento sobre salud pública, en que el aborto sería uno de los temas a tratar. La comandante Dora María Téllez, con sus reflexiones políticas siempre profundas, apoyó inicialmente la iniciativa e invitó formalmente a la Dirección Nacional del

FSLN, que declinó la invitación; pero luego se hizo presente, en pleno, en la instalación del evento, y ... ¡al segundo día lo clausuró! Y –para que lo reflexionen ustedes-, aquella misma noche en el canal nacional de TV, en horario triple A, inauguraron la famosa telenovela ‘El derecho de nacer’, escrita por el cubano Félix B. Caignet”. (211)

En este libro Tila también anuda los tiempos de su larga y ejemplar vida, y revela que aquellas medianoches estuvieron ligadas entre sí no solo por las ideologías dominantes aquí y allá, sino por las experiencias de lucha y resistencia que suscitaron. En efecto, nos trae su conmovedor encuentro en su gira europea, en España, con La Pasionaria, la legendaria luchadora comunista también forzada al exilio por el franquismo:

“Sabía que ‘La Pasionaria’ siempre estaba acompañada por Irene Falcón o Irene Leroy Rodríguez, quien escribió uno de los más interesantes libros con verdades ocultas sobre el estalinismo: *Asalto a los cielos, mi vida junto a la Pasionaria*, porque había sido testigo excepcional de acontecimientos históricos del Siglo XX. Llegué con la compañera acompañante que me dejó en la puerta, mientras Francisco cumplía una cita con un grupo de colombianos del Comité de España. // Al entrar, los primeros brazos se abrieron para recibirme, era Irene, que parecía como si me conociera de tiempo atrás y empezó a hablarme de mi propio país con propiedad. Así pasaron unos diez minutos y de pronto, mirando una puerta de vidrios que dividía las oficinas me dijo: déjame voy a anunciarte. Pero justo la puerta se abrió ¡y salió ella, la mujer del afiche (que veía en mi infancia)! pero ya no fija en el papel sino con los brazos extendidos hacia mí y cincuenta años más en el rostro. Nos abrazamos en silencio, luego me dijo: sé quién eres, por qué has venido, te escucho, y me hizo sentar en la silla de Irene que se había retirado pidiendo un permiso, mientras ella se acomodó en el asiento de enfrente al escritorio. // Mi madre –le dije- fue una de las fundadoras del Comité Antifascista de Bogotá, quizá en el año 37 o 38. Trabajó por la solidaridad con los trabajadores republicanos; hoy (años 80) vengo en nombre de los presos políticos colombianos a solicitar apoyo y solidaridad para ellos. Uno de esos presos es mi hijo” (181-182).

La claridad y la serenidad con que relata los episodios más conmovedores, nos llevan a lo que en el caso de Serge, como en el suyo, se revela como el corazón de la esperanza: la recuperación y la dignificación de la condición humana, en medio de la atrocidad. Como acontece al final de aquella novela, justamente en un diálogo de su personaje central, Rodión, con una mujer, entre cautiva y cómplice de sus carceleros en Siberia, a donde habían sido desterrados por Stalin:

“En el equipo al que pertenecía Rodión trabajaba una mujer que le enseñó a acarrear, apoyándola sobre la espalda, los riñones y la nuca, la carga máxima de ladrillos, sólidamente apilados, a llevarla hasta la cima del andamiaje con rapidez suficiente para que los albañiles de la 5a penitenciaría no detuviesen ni un momento

el ritmo regular de su trabajo. No había tiempo ni de recuperar el aliento ni de intercambiar algunas palabras, ni para echarse un cigarro; además estaba prohibido fumar y además perdía uno el gusto por todo. Para darse ánimos mascaban tabaco malo, del de sesenta y cinco kopeks los veinte pitillos. La mujer podía tener unos treinta años. Se escondía para beber. Cuando vio que a Rodión se le ponía una cara crispada de moribundo, chorreando sudor, se fue a su encuentro en una pasarela bamboleante, sobre un ameno paisaje de techumbres humildes y de prados de un verde suave que casi llegaban a confundirse con el horizonte. La mujer tendió a Rodión su botella de aguardiente. «¡Bebe deprisa! Si nos sorprende el capataz, seguro que nos cae una multa». Rodión, deshecho de cansancio, tragó con avidez aquel fuego líquido. Le temblaban continuamente las piernas, pero se sentía salvajemente fuerte y lúcido; veía la realidad con una intensidad de sueño. La mujer tenía el pecho plano, un rostro marcado por el desgaste y la resistencia, unos rasgos cincelados con dureza. Los ojos se sumían en unas ojeras oscuras. Llevaba yeso en los labios, bonitos dientes si no fuera por uno roto en la parte delantera. Le preguntó: «¿Qué, estás mejor?». La brisa agitaba los picos de su pañuelo gris anudado debajo del mentón. Destacaba, con toda su alta estatura, por encima de los andamios y, detrás de ella, no quedaban ya más que espacios aéreos, llanuras, la tierra rusa, la tierra atormentada de la revolución, sus aguas negras, sus aguas tornasoladas, sus aguas transparentes, sus aguas heladas, sus aguas mortales, sus aguas vivificantes, sus bosques encantados, sus cienos, sus villorrios indigentes, sus cautivos inenarrables en la vida, sus fusilados inenarrables en las fosas, sus obras, sus masas, sus soledades y todas las simientes que germinan en sus entrañas. Rodión vio todo aquello indeciblemente, todo, incluso las simientes germinando, puesto que en verdad existen. Y vio también que la mujer que, en aquel instante, bebía aguardiente de la botella era verdadera y totalmente un ser humano. Vertan bien esto último le hizo sentirse iluminado. «Escucha —dijo con suavidad—. ¿Sabes lo que somos? ¿Has pensado alguna vez en ello?». Ella le miró entonces con estupor. Tenía una mirada azul de hierro, muy recta, teñida de angustia.”²

² Víctor Serge, *Medianoche en el siglo*. Madrid, Hiperión, 1976. Páginas 235-237.